# LA DERECHA

## Treinta años sin Franco

Franco y su esposa, flanqueados por Manuel Fraga, ministro de Información y Turismo, y fray Justo Pérez de Urbel, abad del Valle de los Caídos, abandonan la basílica de Cuelgamuros, tras la celebración religiosa conmemorativa de los "XXV años de paz", abril de 1964.

**36.** **Sostén de la dictadura**
*Julio Gil Pecharromám*

**43.** **La conquista del centro**
*Jordi Canal*

**50.** **Camada negra**
*José Luis Rodríguez Jiménez*

La dictadura de Franco ofreció una imagen monolítica de la derecha española. Falangistas, tradicionalistas, monárquicos, democristianos y tecnócratas, entre otros grupos, sostuvieron el régimen mientras vivió su fundador. Tras su muerte, de la que se cumplen treinta años, las distintas corrientes se disgregaron buscando su propio espacio. Tres especialistas analizan esta pluralidad, su actitud durante la Transición y el desvanecimiento de la extrema derecha

# Sostén de la DICTADURA

Las derechas políticas españolas, disueltas como partidos por el mismo decreto de Franco que, en 1937, instituyó el pastiche ideológico Falange Española Tradicionalista y de las JONS, constituyeron las bases del Régimen. **Julio Gil Pecharromán** recuerda su evolución hasta la muerte del dictador, quien utilizó hábilmente en su provecho sus diferencias

El 20 de abril de 1937, la derecha política española sufrió una portentosa y traumática transformación, que cambió su modelo organizativo, y aún su propia naturaleza a lo largo de siguientes cuatro décadas. Ese día, el *Boletín Oficial* publicó un decreto, firmado la víspera en Salamanca, en el que el general Francisco Franco, jefe del Gobierno del Estado Español, establecía que "Falange Española y Requetés, con sus actuales servicios y elementos, se integran, bajo mi Jefatura, en una sola entidad política de carácter nacional, que de momento se denominará Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. (...). Quedan disueltas las demás organizaciones y partidos políticos".

Culminaba así el proceso de desaparición del complejo sistema de partidos derechistas que había sido incapaz de evitar el triunfo electoral del Frente Popular y que luego se había subordinado a la autoridad del grupo de generales alzados contra el régimen constitucional en julio de 1936. Falangistas, carlistas, los católicos de la CEDA, los alfonsinos de Renovación Española, o los conservadores

**El escudo español franquista**, en una postal impresa por la Editora Nacional.

del Partido Agrario, se integraban, mediante el Decreto de Unificación, en el partido único que precisaba el Estado totalitario en construcción. Las resistencias fueron mínimas y quienes las protagonizaron –el falangista Hedilla, el carlista Fal Conde– pagaron su rebeldía con largos años de cárcel y de destierro.

FET y de las JONS sirvió en los años de la posguerra para vertebrar los mecanismos de control social de la dictadura del general Franco, para distribuir los diversos niveles de recompensa entre los vencedores de la Guerra Civil y para encauzar las adhesiones populares al Régimen. Pero, pastiche de doctrinas y grupos de intereses incompatibles, fue incapaz de elaborar un corpus doctrinal sólido, ante la dificultad de integrar los principios conservadores del nacional-catolicismo y la retórica populista de la "revolución pendiente", que defendían quienes se proclamaban herederos del falangismo de preguerra.

## Las familias del Régimen

La gran coalición derechista que era FET no tardó en reproducir en su seno las tradiciones diversas que la habían informado. Se fueron conformando así, en el interior del partido y luego del aún más descafeinado Movimiento Nacional que le sucedió, las familias políticas. Este término –en los partidos actuales se utilizaría corrientes, o sensibilidades– que popularizó el sociólogo Amando de Miguel a comienzos de los años setenta, hacía referencia a "sustitutos de grupos o de partidos que compiten –a base de arreglos y de aquiescencia con los deseos del Caudillo– por su parcela de poder". Aunque el tema ha sido muy debatido, la mayoría de los especialistas se muestra de acuerdo en la existencia, al menos, de cinco familias franquistas: los

**Julio Gil Pecharromán** es profesor titular de Historia Contemporánea, UNED.

**Franco, brazo en alto, rinde homenaje a los caídos en la Guerra Civil, bajo los símbolos de la Falange.**

Bajo la presidencia de Franco y ante el secretario general del Movimiento, Torcuato Fernández Miranda, **Luis Carrero Blanco** presta juramento como consejero nacional (15-11-1971).

falangistas; los tradicionalistas, de origen carlista; los monárquicos, partidarios de Alfonso XIII y de su heredero, don Juan de Borbón; los católicos, vinculados a organizaciones dependientes de la jerarquía episcopal, y los tecnócratas, a quienes se señalaron relaciones personales con el Opus Dei.

En este conjunto de corrientes del franquismo, podemos señalar cuatro características fundamentales:

1.º Las familias tienen su origen en los partidos políticos de la Segunda República que concurrieron a la gran coalición franquista. En cierto modo, los miembros de los antiguos partidos mantuvieron su personalidad política en el seno del Régimen y Franco jugó en su distribución de los espacios de poder con esta pluralidad inicial de su Movimiento.

2.º Carecían de estructura y de capacidad de representación formales. La exigencia constitucional de una única organización política legal, y el hecho de que la promoción personal en las élites institucionales fuera virtual potestad del dictador, anulaba cualquier posibilidad de que los políticos franquistas impulsaran asociaciones al margen del Movimiento. No obstante, la existencia de las familias era admitida por el conjunto del *establishment* y por el propio Franco, que las utilizaba en su juego de equilibrios políticos.

3.º En el seno de cada familia cabía una amplia gama de matices respecto al Movimiento Nacional, que iba desde la adhesión incondicional a los "principios del 18 de julio" hasta una visión crítica, que utilizaba la coartada reformista de mejorar la funcionalidad de las instituciones y asegurar su continuidad tras la muerte de Franco. Cuando esa visión crítica se tornaba incompatible con el Régimen, se producía el paso al antifranquismo,

## Cuatro décadas con todo el poder

Francisco Franco Bahamonde nació en El Ferrol en 1892. Tras suspender los exámenes para el ingreso en la Academia Naval, entró en la de Infantería de Toledo, en 1907. Su carrera militar comenzó en Marruecos a partir de 1912. Obtuvo el grado de comandante en 1916 y un año después participó en la represión de la huelga revolucionaria de Oviedo. En 1920, regresó a Marruecos y, tres años más tarde, fue nombrado gentilhombre de cámara de Alfonso XIII, que apadrinó su boda con Carmen Polo en 1923. Ese mismo año regresó a Marruecos, donde ascendió a teniente coronel y en 1926 se convirtió en el general más joven de Europa. En 1928, Primo de Rivera le nombró director de la Academia militar de Zaragoza, que fue clausurada por la república en 1931.

Durante unos años desempeñó diversos puestos de menor relevancia, ya que Azaña le consideraba poco afecto. En 1934, el ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, le encargó que organizara la represión militar de la Revolución de Octubre en Asturias.

En 1936, tras la victoria del Frente Popular, fue destinado a Canarias, donde tomó la decisión de participar en los preparativos del golpe de Estado contra el Gobierno de la república, liderado por Sanjurjo desde su exilio en Lisboa. Tras la muerte accidental de éste, Franco fue nombrado líder de los alzados, en Burgos, en septiembre de 1936. En enero de 1938 era proclamado jefe de Estado, del Ejército y del Gobierno, y se convertía en Caudillo de España.

**Retrato de Franco** con el uniforme de la Marina, a finales de la década de los años cuarenta.

Aunque no entró en la II Guerra Mundial al lado del Eje, sus simpatías por Hitler y Mussolini, así como el envío de la División Azul a combatir contra los rusos, le costaron el ostracismo internacional hasta que la Guerra Fría le sirvió para ser apoyado por EE UU, en 1953, y reconocido por la ONU, en 1955.

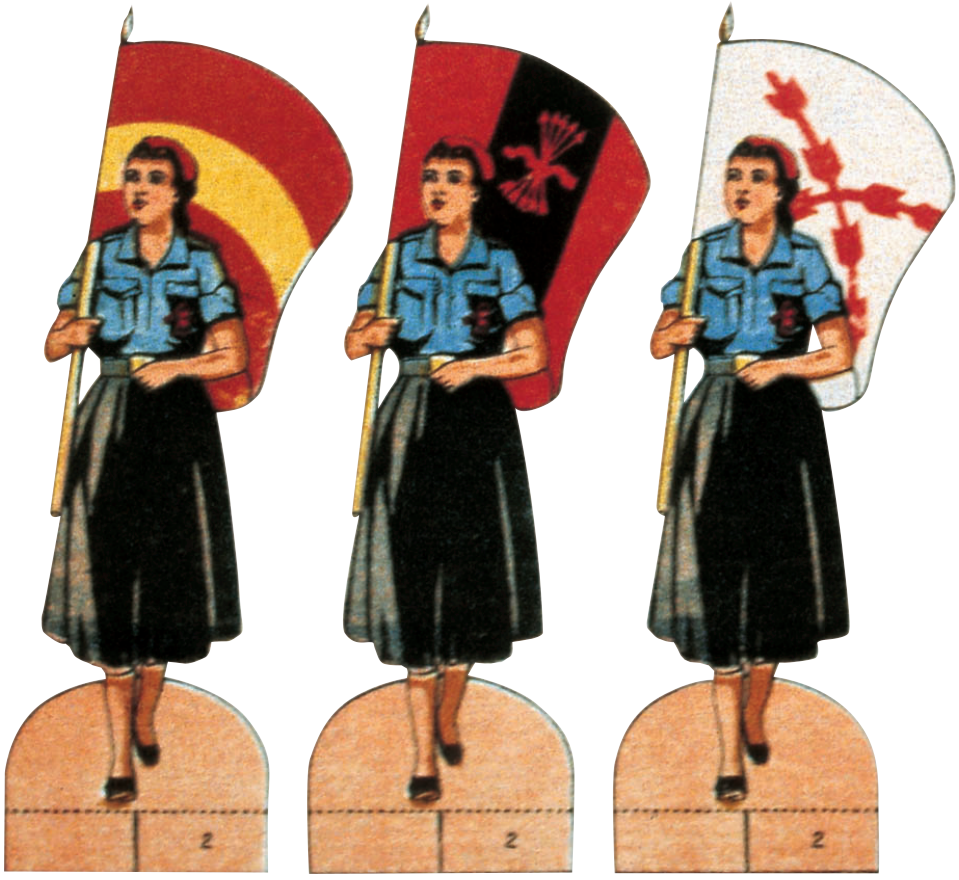
En 1969, nombró sucesor a Juan Carlos de Borbón, el mismo año en que había decretado el estado de excepción ante el creciente descontento de la población.

El asesinato en 1973 de Carrero Blanco, que había sido presidente de Gobierno, aceleró la descomposicion del Régimen. El 20 de noviembre de 1975, falleció en el Hospital de la Paz de Madrid, tras una larga agonía.

como sucedió con el falangista Dionisio Ridruejo, el católico Joaquín Ruiz Giménez o el monárquico Pedro Sáinz Rodríguez. Se trataba, sin embargo, de auténticas excepciones en el seno de unas derechas que se mantuvieron masivamente favorables a la dictadura.

4.º Las familias del régimen mantenían una fuerte rivalidad entre ellas. Sus diferencias en cuanto a doctrinas y proyectos políticos eran tan variadas que puede hablarse de auténticas incompatibilidades. Era Franco, desempeñando la función arbitral que le era privativa, quien mantenía la cohesión en el seno del Movimiento, reduciendo en etapas sucesivas el poder acumulado por las familias hegemónicas y primando el ascenso de otras más modernas o con menor peso en los aparatos del Estado.

El estudio de la política interna del franquismo patentiza esta dinámica de rivalidad entre las derechas españolas. A la hegemonía inicial compartida por falangistas y carlistas, dos sectores siempre mal avenidos, siguió la totalitaria Era Azul, de predominio falangista, primero con el valimiento de Serrano Súñer y, luego, con la Falange más "domesticada" de Fernández Cuesta y Arrese. Tras la derrota del Eje y el aislamiento internacional del Régimen, fueron los católicos –Martín Artajo, Castiella, Ruiz Giménez– quienes aseguraron el cambio de rumbo hacia un régimen de corte autoritario y confesional, tolerado por Occidente. Finalmente, el desarrollismo económico y social de finales de los años cincuenta y los sesenta fue impulsado por los tecnócratas (López Rodó, López Bravo, Navarro Rubio), pese a los coletazos de un falangismo que se resistía a perder protagonismo (proyecto constitucional de Arrese, en 1957; escándalo Matesa, en 1969).



Los símbolos de la España franquista –la bandera rojigualda, la enseña de Falange y la Cruz de los Requetés–, en un **recortable de la Sección Femenina**.

## Salidas para una dictadura

En el momento en que los tecnócratas alcanzaban su apogeo, con el Gobierno monocolor de 1969, el rígido esquema dictatorial sobre el que se sostenía desde hacía treinta años el régimen de Franco daba muestras de fatiga. La dura posguerra quedaba muy atrás, el país se había modernizado económica y socialmente y el proletariado industrial y la clase media urbana emergían como factores dinámicos de cambio, reclamando espacios políticos más amplios y una mayor libertad individual. La cuestión no era si el Régimen debía evolucionar. Sólo un sector reducido del franquismo, pronto conocido como el búnker, se oponía a cualquier modificación del sistema político. La cuestión era hacia dónde, hasta dónde y, sobre todo, en qué plazos, ya que era evidente que al anciano Generalísimo no le quedaba mucha vida. Las clásicas familias del Movimiento, cada vez más desideologizadas, cedieron paso a cuatro corrientes de opinión que, entre la promulgación de la Ley Orgánica del Estado (1967) y la Ley para la Reforma Política (1976), se disputaron el control de los aparatos de poder del Régimen con vistas a la organización del posfranquismo: inmovilistas, aperturistas, evolucionistas y reformistas.

Los inmovilistas, los "duros" del búnker, se oponían a cualquier liberalización política que pusiera en peligro los inmutables "principios del 18 de Julio". Combativos y muy influyentes entre los altos mandos del Ejército, estaban encabezados por figuras como el ex ministro José Antonio Girón, líder de los ex combatientes, y Blas Piñar, presidente de Fuerza Nueva.

Los aperturistas tenían como portavoces más cualificados al ministro falangista José Solís y al influyente periodista Emilio Romero, director de *Pueblo,* el diario de los sindicatos. Buscaban flexibilizar el sistema político, adaptándolo a las nuevas condiciones de la sociedad española e internacional, pero conservando las llamadas "esencias del Régimen". Para esta operación de maquillaje se adoptó un lenguaje próximo al del capitalismo democrático y se ensayaron análisis críticos del sistema político y de la sociedad española,

**EN EL MOMENTO EN EL QUE LOS TECNÓCRATAS ALCANZABAN SU APOGEO, EL RÉGIMEN DE FRANCO DABA MUESTRAS DE FATIGA**

**Franco posa en El Pardo junto a su último Gobierno**, presidido por Arias Navarro, en la toma de posesión de José Solís Ruiz (20 de junio de 1975).

ciertamente tímidos, pero orientados a modernizar sus estructuras, con gran escándalo de los inmovilistas.

Estos aperturistas, que deseaban que casi todo cambiara un poco para que el conjunto se mantuviera incólume, fueron rápidamente superados en el afán de cambio por los evolucionistas. En este grupo militaba el grueso de los dirigentes tecnócratas, pero también muchos altos funcionarios y políticos de segunda fila, que ascendían trabajosamente en el seno de las familias del Movimiento, incluidos bastantes procuradores en Cortes, muy conocidos entonces, y hoy prácticamente olvidados: Esperabé de Arteaga, Cantarero del Castillo, Fanjul Sedeño, Silva Muñoz, etcétera.

El proyecto de los evolucionistas era claro: la transformación pacífica y muy lenta del régimen autoritario en una democracia liberal, término maldito que eludían con alusiones a la "homologación de nuestro régimen con el de los países occidentales". Su visión a corto plazo se concretaba en ciertas modificaciones institucionales, que respondían de modo muy lejano a los principios básicos del parlamentarismo. A la separación de poderes apuntaba claramente la petición de incompatibilidad entre los cargos políticos y la representación parlamentaria. Con las elecciones libres pretendían relacionar su pretensión de reducir al mínimo el número de puestos designados a dedo por Franco en las Cortes y fortalecer el papel de los procuradores del tercio familiar. Y una muy limitada pluralidad buscaba el proyecto de las asociaciones de acción política, la principal apuesta de los evolucionistas en los años del tardofranquismo.

## La hora de los jóvenes técnicos

Por último, los reformistas, entre los que figuraban personalidades de gran prestigio durante la Transición, como Pío Cabanillas, Luis González Seara o Francisco Fernández Ordóñez, integraban una corriente mucho más fluida que las anteriores, formada casi toda ella por los llamados técnicos, jóvenes y educados muchos de ellos en universidades extranjeras, que empezaban a incorporarse a los escalones superiores de la Administración o del mundo de la empresa, pero que hasta el primer Gobierno de Arias Navarro (enero de 1974) no ocuparon puestos políticos de relieve. Tenían como meta última la superación del franquismo y su conversión en una democracia parlamentaria, para lo que se daban plazos más cortos que los evolucionistas. Pero, a diferencia de la oposición antifranquista, deseaban realizarlo por medios estrictamente legales y manteniendo un pleno control oficialista sobre la Transición. Impulsores del liberalizador *Espíritu del 12 de febrero,* no dudaban en enfrentarse a las presiones de los inmovilistas, como hizo una de sus figuras más brillantes, el ministro de Economía Antonio Barrera de Irimo, que dimitió en octubre de 1974, descontento con el ritmo de la apertura política. Al proceder igual el también ministro Pío Cabanillas, el Gobierno Arias se vio sumido en una crisis inédita en la historia del Régimen.

Para entonces, existía ya una serie de alternativas derechistas al Movimiento que, aunque distaban de inquietar a las autoridades, se erigían como alternativas a medio plazo. En primer lugar, una derecha democrática que veía en el franquismo un obstáculo insalvable para la homologación de España con las democracias occidentales. Vinculados durante algún tiempo a la figura de don Juan de Borbón, estos grupitos de opositores tolerados seguían a figuras con prestigio político, varias de las cuales tenían un pasado de colaboración con la dictadura.

Entre los liberales, los jefes de fila eran los veteranos Joaquín Satrústegui y José María de Areilza, pero surgían jóvenes valores, como Joaquín Garrigues Walker, Ignacio Camuñas o Ramón Trías Fargas.

En cuanto a la Democracia Cristiana, sus docenas de grupúsculos se habían federado en dos organizaciones nacionales, la Izquierda Democrática, de Joaquín Ruiz Giménez, y la Federación Popular Democrática, que presidía un político de la Segunda República, José María Gil-Robles. Al margen de ellas estaban el Partido Nacionalista Vasco y la Unió Democràtica de Catalunya, partidos con una larga historia en la clandestinidad antifranquista y cuyos proyectos nacionalistas implicaban no sólo la desaparición del franquismo, sino la transformación del Estado unitario en otro plurinacional y federal.

Si de los grupos liberales y democristianos se decía que sus militantes cabían en un taxi, algunos más eran los apoyos de la extrema derecha no vinculada a las organizaciones del Movimiento. Eran varios miles de herederos del falangismo y del tradicionalismo de preguerra, en su mayoría viejos combatientes de la Guerra Civil y jóvenes estudiantes de clase media, que entendían que el propio Movimiento era un cadáver político, y que la defensa de sus valores contra el liberalismo y el marxismo obligaba a una movilización continua y muy radical. Ideológicamente existían diferencias considerables entre organizaciones como la neonazi CEDADE, el falangista Frente de Estudiantes Sindicalistas, o Fuerza Nueva, la mayor y más influyente organización que ha tenido la extrema derecha española desde la Guerra Civil, defensora a ultranza de los *Principios del 18 de Julio* y adversaria irreductible, por tanto, de cualquier operación aperturista surgida en las filas del Régimen.

## De las asociaciones a los partidos

Fue a partir de la designación de Juan Carlos de Borbón como sucesor de Franco en la Jefatura del Estado, con lo que parecía garantizada la perpetuación del franquismo, cuando se planteó abiertamente el debate sobre el reconocimiento de la pluralidad de corrientes dentro del Movimiento Nacional y la conveniencia de convertirlas en auténticos partidos. La idea era recuperar la deteriorada base de apoyo social al régimen, mantener en la marginación a los partidos de la oposición, que nunca aceptarían la legalidad constitucional franquista, y ofrecer al exterior una falsa imagen de pluralismo, que facilitara el

Franco preside el **XXXVI Desfile Conmemorativo de la Victoria** celebrado en Madrid.

acceso a viejos objetivos, como el ingreso en el Mercado Común Europeo o en la OTAN.

La llamada liberalización del Régimen se centró, en gran medida, en la articulación de un sistema de asociaciones políticas dentro del Movimiento, que vertebraran una nueva derecha plural, monopolizadora de la representación política legal. El proceso suscitó intensos debates durante años, aunque resultó un auténtico fracaso. Hubo hasta tres intentos legislativos de lanzar el asociacionismo, cada uno a cargo de una corriente del Movimiento.

El primero, y de más cortos alcances, lo lanzaron los aperturistas. El promotor de la iniciativa fue José Solís, ministro secretario general del Movimiento, quien en la primavera de 1969 intentó sacar adelante una Ley de Bases del Régimen Jurídico de Asociaciones. Era un proyecto que no hablaba de asociaciones políticas, sino de "asociaciones no estrictamente culturales", y que limitaba su actuación a la emisión de opiniones orientadoras y a la movilización popular en apoyo del régimen. Aun así, a los inmovilistas les pareció que se abría la puerta al comunismo, y Franco, aconsejado por su círculo de íntimos, se negó a firmar la ley, una vez la hubo aprobado el Consejo Nacional del Movimiento.

El frustrado inicio del debate puso en marcha, sin embargo, a evolucionistas y reformistas. Los primeros retomaron el proyecto de asociaciones de Solís un año después. La autoría intelectual del nuevo intento recayó sobre un fino jurista, Torcuato Fernández Miranda, quien desde la Secretaría General del Movimiento preparó un Estatuto de Asociaciones de Acción Política y de Participación que, tras muchos avatares, vio la luz a finales de 1974, una vez que los reformistas habían perdido la batalla por mantener el espíritu del 12 de febrero.

Esta Ley de Asociaciones, también bastante restrictiva, parecía lo único que se había podido salvar del impulso aperturista del Gobierno Arias y fue entusiásticamente adoptada por los evolucionistas. Enfrente tuvo a las distintas

**CON LA DESIGNACIÓN DE JUAN CARLOS COMO SUCESOR, SE PLANTEÓ EL DEBATE SOBRE LA PLURALIDAD DE CORRIENTES EN EL MOVIMIENTO**

**El cadáver de Franco**, en la capilla ardiente instalada en el Palacio de Oriente. Tras la muerte del dictador, los sectores reformistas volvieron al Gobierno, con figuras como **Areilza y Fraga**.

organizaciones del búnker –las Hermandades de Combatientes, la vieja guardia de Falange, Fuerza Nueva, etcétera– que desencadenaron sucesivas ofensivas para detener su aprobación. Lo consiguieron a medias, porque el nuevo modelo político resultó ser tan limitado, que en la práctica nació muerto.

## Tímidas aperturas

Una asociación política debía constituirse con la firma de 25.000 ciudadanos, de pasado político intachable a ojos del Régimen, y su actividad sería estrictamente controlada por el Ministerio de la Gobernación. Las asociaciones deberían desenvolverse como meros foros de contraste de pareceres, sin atentar en ningún momento contra las Leyes Fundamentales del Reino o los principios doctrinales del Movimiento Nacional, en cuyo seno debían actuar.

Naturalmente, la oposición democrática en bloque rechazó esta tímida apertura. También lo hicieron los reformistas, encabezados ahora por una figura singular, en quien muchos veían al estadista que encabezaría la transición a la democracia: Manuel Fraga Iribarne. Fraga, que había sido uno de los animadores del proyecto Solís, había evolucionado desde su salida del Gobierno en 1969, derrotado por sus rivales tecnócratas. Desde entonces se había decantado por formulaciones reformistas, y su negativa a encabezar una asociación política fue una señal para muchos de que era preciso buscar otros cauces de actuación legal al margen del Movimiento.

Surgió así, durante el año 1975, una serie de sociedades de estudios, legalizadas con carácter cultural o económico, pero que buscaban burlar el limitado sistema de asociaciones del Movimiento amparando el germen de futuros partidos políticos de la derecha democrática. Las principales fueron FEDISA y GODSA, que presidía el propio Fraga, con reformistas como Pío Cabanillas, Leopoldo Calvo-Sotelo, Francisco Fernández Ordóñez o Marcelino Oreja, y el Club Libra, de los liberales que encabezaba Joaquín Garrigues. Otro era el sistema del Grupo Tácito, integrado por demócrata-cristianos más o menos afines al reformismo franquista que, bajo este nombre colectivo, publicaban en los periódicos propiedad de la Iglesia artículos a favor de la evolución del régimen hacia la democracia.

Aperturistas y evolucionistas seguían, sin embargo, empeñados en sacar adelante las asociaciones políticas, convencidos de que eran el único futuro del Movimiento Nacional. A finales de 1975 se legalizaron las primeras asociaciones. Hoy apenas son recordadas, pero en aquella época hicieron correr mucha tinta. La más importante fue la Unión del Pueblo Español, montada desde el propio Gobierno para controlar el proceso de apertura y en la que figuraba una impresionante nómina de veteranos franquistas: José Solís, el ideólogo Jesús Fueyo, el almirante Nieto Antúnez, etc. Presidía la asociación gubernamentalista un joven político, Adolfo Suárez, que realizaba entonces un brillante ascenso en las filas del Movimiento Nacional.

## En la senda de la democracia

Otras asociaciones respondían a la necesidad de las antiguas familias del Movimiento de encauzar su futuro. Tal era el caso de la Unión Tradicionalista Española, de los falangistas del Frente Nacional Español y de Reforma Social Española o de los católicos de la Unión Democrática Española. Y hubo, incluso, asociaciones un tanto exóticas, como la Proverista, cuyo fin principal era defender en abstracto la ética ciudadana, o Unidad y Convivencia Nacional, promovida por un taxista madrileño.

Tras la muerte de Franco, los sectores reformistas volvieron al Gobierno, con figuras como Areilza y Fraga. Este último, ministro de la Gobernación, puso en marcha un tercer intento, en junio de 1976, con una nueva Ley de Asociaciones, tan amplia que debía acabar facilitando le legalización, con ciertas restricciones, de todos los partidos de la oposición, con excepción de los comunistas. El encargado de defender la ley en las Cortes franquistas fue el nuevo secretario general del Movimiento, Adolfo Suárez. Se aprobó, pero no tuvo mayores efectos prácticos. Tras la caída de Arias Navarro, el Rey encomendó al propio Suárez acelerar la salida de la dictadura, y comenzó el proceso de elaboración de la Ley para la Reforma Política. Inmovilistas, evolucionistas y reformistas hubieron de imprimir rápidos giros estratégicos sobre la marcha, a fin de cerrar el paso a la izquierda "rupturista". Y la derecha española comenzó a prepararse, dividida, convulsa y acelerada, para los nuevos tiempos democráticos. ■

# La conquista del CENTRO

Tras el hundimiento electoral de la UCD y la victoria socialista de 1982, la derecha española emprendió una larga travesía del desierto de donde la sacó finalmente José María Aznar. **Jordi Canal** sigue los pasos de las formaciones conservadoras durante la Transición, hasta encontrar su modelo actual

La Unión de Centro Democrático (UCD), que había gobernado hasta 1982, se hundió en las generales de ese año, consiguiendo únicamente 12 diputados. El Partido Socialista Obrero Español (PSOE), liderado por Felipe González, ganó por amplia mayoría. Más de diez millones de votos, lo que suponía algo más del 48% del total, le otorgaban 202 escaños en el Congreso. De esta manera empezaba una larga etapa de gobiernos socialistas, que no terminaría hasta 1996. A su derecha, en el panorama español –otra cosa era en el seno de los partidos nacionalistas catalanes y vascos, que constituyeron entonces amplias minorías en la Cámara Baja–, la situación era crítica.

La de la UCD era, no obstante, una derrota más que anunciada, tras las crisis de gobierno y liderazgo de los años anteriores y el virtual estallido de la coalición. La UCD se evaporó con el final de la Transición. La extrema derecha, por

**Jordi Canal** es investigador, EHESS, París.

**Victoria electoral del Partido Popular en las elecciones generales de 1996. De izquierda a derecha: Mariano Rajoy, Francisco Álvarez Cascos, José María Aznar, Ana Botella y Rodrigo Rato.**

**Manuel Fraga** durante su intervención en el I Congreso Nacional de Alianza Popular, celebrado en marzo de 1977 en el Palacio de Congresos y Exposiciones de Madrid.

su parte, se convirtió en 1982 en extraparlamentaria. Blas Piñar perdió el escaño, abocando a su partido, Fuerza Nueva (FN), a la disolución. Tras el fracaso de la llamada estrategia de la tensión y la apuesta golpista, ahora también se desplomaba la vía que abogaba por la formación de una alternativa política. La crisis de la extrema derecha se convirtió, desde entonces, pese a más de un intento puntual, en crónica.

## El nacimiento de Alianza Popular

Entre la UCD y la extrema derecha se encontraba Alianza Popular (AP), fundada en 1976 y liderada por Manuel Fraga, que acudió a los comicios de octubre de 1982 como centro de una coalición con algunos partidos democristianos y liberales. AP se convirtió en la segunda fuerza política española, con cinco millones y medio de votos –algo más del 26'5%– y 107 escaños. A pesar del avance, la preocupación era más que evidente. Si bien AP había sido capaz de atraer el voto de derecha y de extrema derecha, creciendo de manera espectacular aunque quedando muy lejos del PSOE, en cambio no consiguió captar eficazmente el antiguo voto de centro-derecha. Esta formación seguía siendo percibida por los votantes como profundamente de derechas, un elemento que, junto al liderazgo de Fraga, identificado con el pasado, dificultarían la consolidación del partido como clara alternativa de poder.

AP nació formalmente a finales de 1976 como federación de partidos. En realidad, se trataba de minúsculas agrupaciones; simples conjuntos de notables, en algún caso. En los inicios de la Transición, la proliferación de siglas representando opciones de todos los colores y con diferencias a veces insignificantes fue habitual. Los partidos unidos en AP estaban encabezados, casi todos, por ex ministros franquistas –bautizados como "los Siete Magníficos"–: Manuel Fraga (Reforma Democrática), Federico Silva Muñoz (Acción Democrática Española), Laureano López Rodó (Acción Regional), Licinio de la Fuente (Democracia Social), Enrique Thomas de Carranza (Unión Social Popular), Cruz Martínez Esteruelas (Unión del Pueblo Español) y Gonzalo Fernández de la Mora (Unión Nacional Española).

La nueva federación reunía a sectores procedentes del antiguo régimen, partidarios de reformas graduales y no esenciales, que habían quedado fuera del nuevo proyecto liderado por Adolfo Suárez. El rumbo de los acontecimientos les impulsaba a prepararse para unos futuros comicios y para un proceso más rápido de lo que habían imaginado. La decisión de crear Alianza Popular no fue apreciada por todo el mundo, ni en la izquierda, ni en la derecha, ni en el centro. Incluso algunos contemporáneos atribuyen al rey Juan Carlos I propósitos muy críticos con este proyecto y con sus impulsores. La mayoría de los partidos se integró en AP en el marco del I Congreso Nacional, en marzo de 1977.

## Resultados decepcionantes

El alma de AP fue desde el principio Manuel Fraga, que había fundado Reforma Democrática en el mismo año 1976 –"reformismo" era desde hacía tiempo su consigna–. Desde su salida del gobierno Arias Navarro y tras sus inmediatas e irreconciliables diferencias con Adolfo Suárez, Fraga estaba dispuesto a ocupar el espacio de la derecha en España. Tras la muerte de Franco, entró a formar parte del primer Gobierno de la monarquía, presidido por Carlos Arias Navarro, ocupando la vicepresidencia y la cartera de Gobernación. Fueron aquellos meses muy delicados, en los que la violencia política no faltó. Algunas actuaciones de Fraga contribuyeron notablemente a erosionar su imagen de cara a la fase democrática que estaba a punto de inaugurarse. Su célebre frase "La calle es mía" data precisamente de entonces. La dimisión forzada de Arias Navarro el primer día de julio de 1976, convirtió a Fraga, junto con José María de Areilza, en máximo aspirante a la sucesión. No obstante, como es bien sabido, el cargo recayó en el joven y por aquel entonces poco conocido Adolfo Suárez.

Los resultados de AP en las primeras elecciones generales de la Transición, en junio de 1977, fueron bastante decepcionantes para sus impulsores. AP se convertía en el cuarto partido del arco parlamentario, con 16 escaños, frente a los 165 de la UCD, 118 del PSOE y 20 del PCE. Obtuvo un millón y medio de votos. José Ramón Montero ha atribuido los resultados al "desconocimiento de la moderación ideológica del electorado", que

**Miembros del Gobierno de la UCD** aplauden la aprobación de proposición de Ley sobre Amnistía, el 14 de octubre de 1977.

prefirió el centro-derecha de UCD y el centro-izquierda del PSOE. La UCD bloquearía durante algunos años todo intento de despegue de AP. A pesar de que en su I Congreso Nacional, Alianza Popular se equiparara con los partidos populistas, centristas y conservadores europeos, lo cierto es que era percibida desde muchos sectores como una formación neofranquista. En *Retratos y perfiles. De Fraga a Bush* (2005), José María Aznar asegura que él no les votó, ya que consideraba a este partido como demasiado de derechas. Según una encuesta del CIS (1978), los electores situaban a AP en una posición de 4,3 en una escala izquierda-derecha de 5 puntos.

Desde 1978 se hicieron algunos esfuerzos para desmarcar a AP de la extrema derecha y de la imagen del franquismo. En el II Congreso Nacional, celebrado en enero, se reeligió a Fraga como secretario general y Félix Pastor Ridruejo se convirtió en presidente de la formación. Las tensiones internas arreciaron en aquel año. El motivo principal fue la aprobación de la Constitución, entre cuyos siete "padres" se encontraba Fraga. El título VIII y el término "nacionalidades" la convertían en inaceptable en amplios sectores de la derecha. Las divisiones entre pragmáticos e intransigentes en el interior de AP abocaron a una votación del texto constitucional en el Congreso harto inusual: cinco diputados votaron en contra, tres se abstuvieron y el resto lo hicieron a favor. Charles Powell ha calificado la división de los votos de AP en tres opciones distintas como "una de las páginas más extravagantes de la historia parlamentaria española". Estos hechos dejaron huella. El ala más cercana a la extrema derecha, capitaneada por Silva Muñoz y Fernández de la Mora, se separó de la federación.

La ocasión fue aprovechada para aplicar algo de moderación en AP, empezando a cerrar definitivamente las puertas al llamado franquismo sociológico. Esto se hizo definitivamente a partir de diciembre de 1979, en el marco de III Congreso Nacional de la formación. Fraga resultó elegido presidente y el cargo de secretario general recayó, como símbolo de la renovación que se intentaba escenificar, en Jorge Verstrynge.

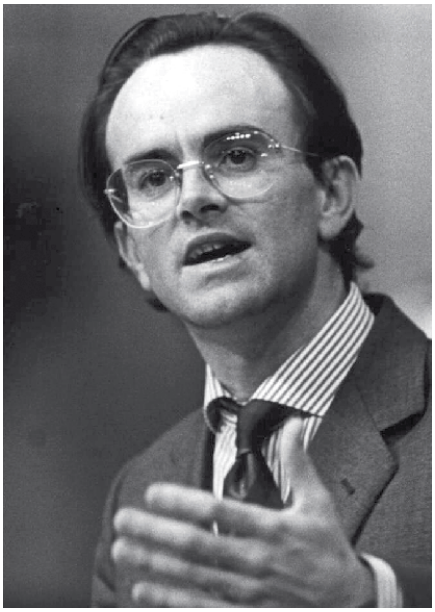
A ese cambio habían contribuido los resultados desastrosos en las elecciones de aquel mismo año de Coalición Democrática, que formaba AP con minúsculos partidos, entre los que sobresalían Acción Ciudadana Liberal, de Areilza, y el Partido Democrático Progresista, de Alfonso Osorio, alejados ya de UCD. Obtuvieron nueve escaños, lo que suponía una pérdida de siete con respecto a 1977, y poco más de un millón de votos, manteniéndose como cuarto partido. En número de diputados, que no en votos, se distanciaban poco del Partido Nacionalista Vasco (PNV) y los nacionalistas catalanes, con 7 y 8, respectivamente. El voto útil reclamado por la UCD de Suárez y el éxito tan relativo como breve de la extrema derecha perjudicaron notoriamente a la formación fraguista.

## La votación de la Constitución, con su término "nacionalidades", provocó la división de AP en el Congreso

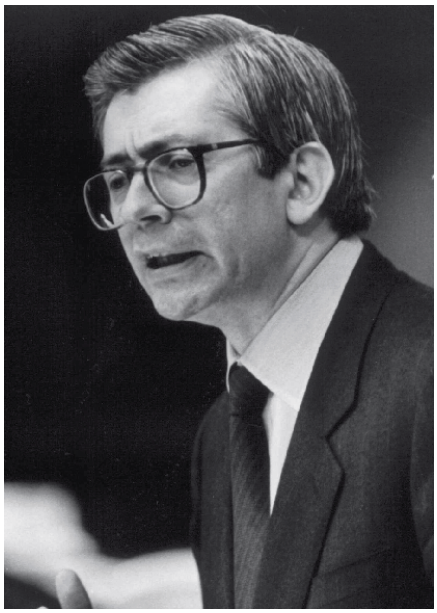
### Derecha sin centro

El desplome de UCD y el descenso electoral de la extrema derecha situaron a AP, como hemos visto más arriba, como primer partido de la oposición en 1982. Poco antes se produjo la victoria en las elecciones gallegas, en 1981, con la eficaz campaña *Galego coma ti*. Este tipo de movilizaciones y las oportunidades políticas que se abrían contribuyeron poderosamente a la aceptación del sistema autonómico por parte de la derecha. La presidencia de la Xunta fue ocupada por Xerardo Fernández Albor. Además, algunos importantes políticos de UCD desembarcaron antes de 1982 en AP. El caso más conocido fue el de Miguel Herrero de Miñón. En todo caso, en las legislativas de 1982 el ya principal partido de la derecha –núcleo de Coalición Popular, en la que se integraron el Partido Demócrata Popular (PDP), del ex ucedista Óscar Alzaga, y algunas otras pequeñas agrupaciones– obtuvo cinco millones y medio de votos y 107 diputados,

**Jorge Verstringe**, delfín de Fraga durante un tiempo, en su época de secretario general de Alianza Popular, en mayo de 1986.



**Antonio Hernández Mancha** durante la moción de censura infructuosa que impulsó contra el Gobierno socialista de Felipe González.



El ex ucedetista **Óscar Alzaga**, líder del PDP, partido con el que durante un tiempo formó parte de Coalición Popular.

imponiéndose en un total de siete provincias: tres gallegas y cuatro castellanas.

Pese a ser el segundo partido, AP tendría a partir de entonces dificultades para crecer y convertirse en auténtica alternativa. La fórmula fraguista de la "mayoría natural" se encontraba lejos de su materialización. Algo de razón tenía Javier Tusell cuando escribió que esta idea tenía dos inconvenientes, pues no era ni lo primero ni lo segundo, ni mayoría ni natural. A la derecha se le escapaba el amplio y decisivo centro electoral. En concreto, el liderazgo de Fraga, nombrado jefe de la oposición, planteaba problemas, ya que para muchos no dejaba de ser el símbolo de que en España el pasado no había pasado. Su talante de político duro no ayudaba a que no fuera visto como muy derechista e, incluso, sospechosamente demócrata. Cierto es también que la izquierda usó y abusó en beneficio propio de estas imágenes.

La tarea opositora de los populares en la primera legislatura de la mayoría absoluta y aplastante del PSOE resultó más bien poco brillante. Y, en algún caso, como ocurriría con la posición oportunista a favor de la abstención en el referéndum de la OTAN, fue de una inhabilidad política flagrante –una actuación descabellada, en palabras de Pedro Carlos González Cuevas–. En ocasiones se percibía con claridad que ni la patronal, ni la Iglesia, ni los gobiernos extranjeros acababan de tomarse en serio la alternativa popular.

## Años de confusión

En las elecciones de 1986, nuevamente con Coalición Popular, obtuvieron 105 escaños, dos menos que en 1982. Perdieron algo más de doscientos mil votos. Mientras tanto, Convergència i Unió (CiU) –aunque no el Partido Reformista de Miquel Roca– y el Centro Democrático y Social (CDS) subían en votos y escaños. El centro político se seguía resistiendo a la derecha española. Coalición Popular se impuso solamente en nueve provincias: tres en Galicia –en esta región obtuvo más del 39% de los votos–, cinco en Castilla y en Melilla. Los decepcionantes resultados pronto empezaron a cobrarse víctimas políticas.

Tras las elecciones, Alzaga y el PDP empezaron a desligarse de AP y no faltaron tampoco las disidencias, como la del propio delfín de Fraga, Jorge Verstrynge, que se vio forzado a abandonar el partido. La evolución de este político desde la "nueva derecha" a la vieja izquierda resulta curiosa. Alberto Ruiz Gallardón pasó a ocupar la secretaría general vacante. Los pésimos resultados en las elecciones autonómicas vascas de noviembre de 1986 constituyeron la puntilla. En diciembre, Fraga presentó su dimisión.

Principiaban dos años marcados por la confusión. El partido se vio abocado a un Congreso extraordinario, que tuvo lugar en febrero de 1987. El vencedor fue Antonio Hernández Mancha, que se impuso frente a la candidatura de Miguel Herrero de Miñón, apoyado por algunos de los futuros pesos pesados del Partido Popular, desde José María Aznar a Rodrigo Rato. Arturo García Tizón fue investido como secretario general. Antonio Hernández Mancha, nacido en 1951 en Guareña (Badajoz), era abogado del Estado. Fue diputado regional, senador y presidente de AP en Andalucía. Prometió cambios estratégicos y de talante en el partido, obteniendo el apoyo de las juventudes y órganos provinciales. Relevo generacional y modernidad eran sus mejores cartas de presentación.

Su liderazgo, no obstante, resultó un fracaso. Desde las primeras intervenciones, en especial en la moción de censura que promovió en abril de 1987 contra Felipe González, se vieron sus límites.

**El liderazgo de Hernández Mancha fue un fracaso, en especial en la moción de censura que promovió contra González**

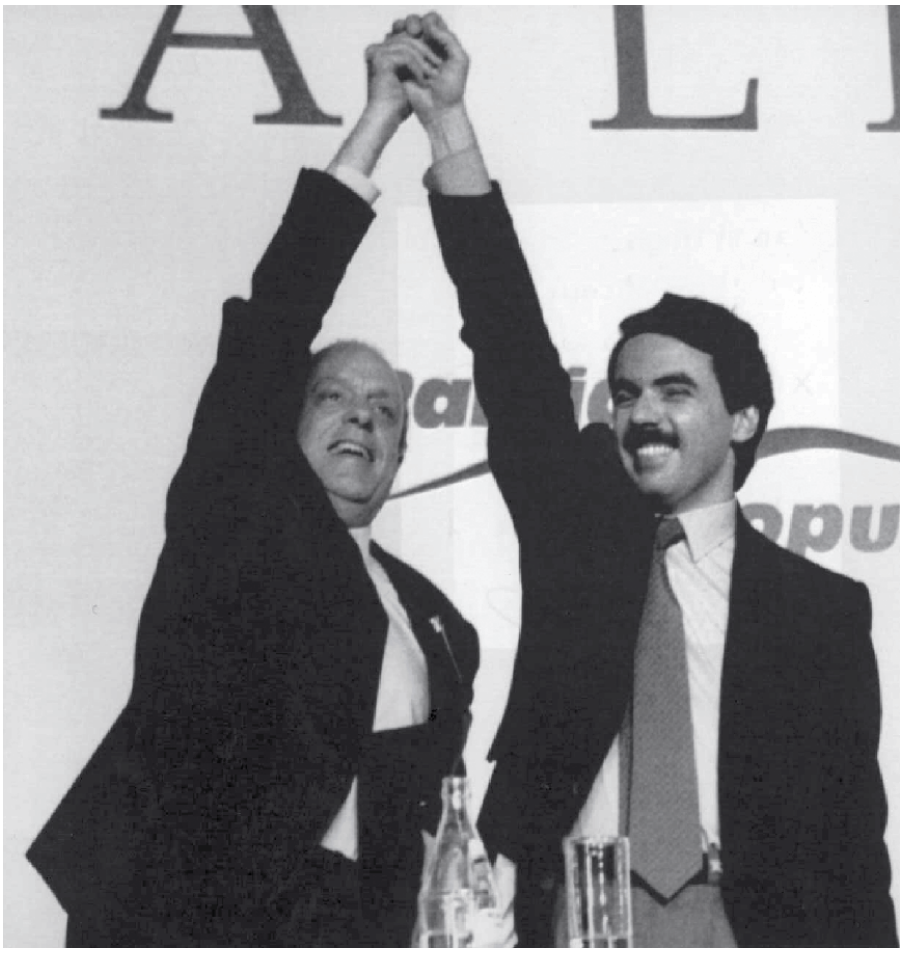
Allí escenificó un innecesario suicidio político. Las comparaciones con González y Suárez resultaron inevitables. Además, AP perdió a favor del PSOE, en el mismo año 1987, la presidencia de la Xunta tras una moción de censura precedida de la salida de la formación del hasta entonces hombre fuerte, Xosé Luis Barreiro. El deterioro del partido y el malestar, agudizados con el paso de los meses, resultaban palmarios. Los populares empezaron a añorar a Fraga, su "auténtico" líder.

## Nace el Partido Popular

Y éste, que por aquel entonces ejercía como diputado en el Parlamento europeo, terminó por volver al primer plano. Presentó su candidatura en el IX Congreso Nacional, en enero de 1989, y se impuso sin problemas. Francisco Álvarez Cascos fue elegido secretario general. Los principales puestos del nuevo organigrama correspondieron a Rodrigo Rato, Federico Trillo, Juan José Lucas, José María Aznar, Isabel Tocino, Abel Matutes, Félix Pastor Ridruejo, Miguel Herrero de Miñón y José Antonio Segurado. Estamos ante el Congreso de la llamada "refundación": Alianza Popular se convirtió en el Partido Popular. Y la gaviota azul empezó a surcar los cielos de la derecha. Se trataba de pasar página, rompiendo toda posible vinculación con el pasado y procediendo a una renovación generacional, pero de forma ordenada y bajo la mirada de aprobación del fundador y alma del partido. Algunas notables altas, como Rodolfo Martín Villa y Marcelino Oreja, contribuyeron a impulsar los cambios.

Ante las dos citas electorales que se avecinaban, generales y autonómicas gallegas, se tomaron decisiones que el futuro se encargaría de dar por buenas. Fraga se concentraría en Galicia, donde venció por mayoría absoluta y se proclamó presidente de la Xunta, un cargo que mantendría hasta 2005. Mientras tanto, Aznar, un desconocido para muchos –excepto en Castilla y León, donde gobernaba desde 1987–, era investido como candidato para presidir el Gobierno. No era el preferido de Fraga, que apostaba más bien, con los éxitos de Margaret Thatcher en mente, por Isabel Tocino, pero se dejó convencer tras la denominada "conjura de Perbes", en la que participaron Cascos, Trillo, Rato y Lucas.

En las elecciones de octubre de 1989, González consiguió una nueva mayoría,



**Manuel Fraga** levanta la mano de **José María Aznar**, su sucesor, en el decisivo X Congreso Nacional del partido, celebrado en Sevilla entre marzo y abril de 1990.

pero Aznar obtuvo, pese a las prisas y lo poco conocido que era por aquel entonces a nivel nacional, unos resultados que mejoraban ligeramente los últimos de Fraga. Casi no hubo cambios en número de votos y en porcentaje –el famoso "techo" fraguista del 25%–, pero se sumaron un par de diputados más, 107 en total.

## Primer éxito de Aznar

El PP pasó de ser la primera fuerza en nueve provincias a diecisiete: tres en Galicia; las nueve de Castilla y León –donde obtuvo más del 40% de los sufragios–, y Madrid, Navarra, La Rioja, Baleares y Melilla. Empezaba aquí a diseñarse la que en la última década del siglo iba a ser la geografía popular. Los resultados eran, de hecho, un éxito, aunque modesto. Aznar fue elegido portavoz parlamentario. El paso siguiente, como había planteado el flamante líder, debía consistir en hacer recaer los cargos de jefe parlamentario y del partido en la misma persona.

En el X Congreso del PP, celebrado en Sevilla el 31 de marzo y el 1 de abril de 1990, Aznar fue elegido presidente en sustitución de Fraga. Desde su llegada a la cabeza del partido se separó de los seguidores de Hernández Mancha y de Fraga, así como de dirigentes como Herrero de Miñón, y aupó a un conjunto de políticos de su generación y a sus leales partidarios, integrados en el "clan de Valladolid" y en FAES (Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales), una entidad creada en 1989 a imagen de los *think-tanks* americanos e impulsada, entre otros, por Miguel Ángel Cortés. No obstante, el cargo de secretario general lo ocupó el fraguista Francisco Álvarez Cascos. Su principal tarea, que realizó sin remilgos y con notable éxito, consistió en unificar y disciplinar internamente al partido, algo necesario tras el galimatías de los años ochenta. Aznar, al mismo tiempo, logró cohesionar a los diferentes sectores –liberales, democristianos y derechistas, en especial– bajo

**Isabel Tocino**, en la que Fraga vio la posibilidad de emular la figura de Thatcher, durante una intervención en el Congreso.

**Miguel Herrero de Miñón**, que de la UCD se pasó a AP y no pudo imponer, años después, su candidatura a la de Hernández Mancha.

un liderazgo fuerte. Y reclamó para el PP el centro político, una inequívoca legitimidad democrática y un encuadre europeo. El PP abandonó la Internacional Conservadora para ingresar en la Internacional Demócrata Cristiana.

## Llegada a La Moncloa

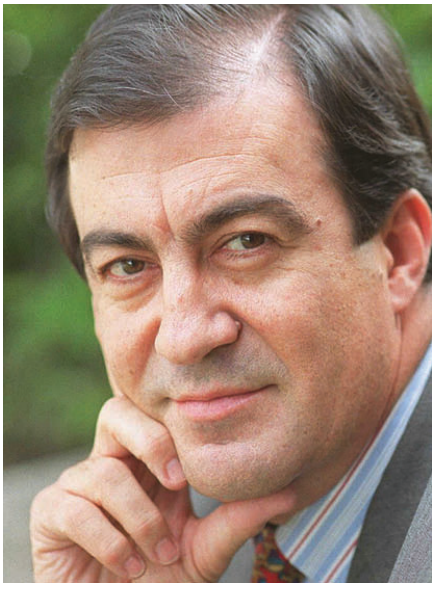
El discurso pronunciado por Aznar en la clausura del X Congreso resulta de gran interés. Allí se encuentra el decálogo que el Partido Popular presentaba a los españoles: España, nación plural; recuperación de la ilusión colectiva y de la confianza; recuperación del crédito de las instituciones; un Estado eficaz; compromiso con la construcción europea; un nuevo estilo político y de gobierno; compromiso con la modernización del país; compromiso para cuidar la naturaleza; una sociedad solidaria, y, por último, una sociedad libre. El parlamento terminaba con la siguiente frase: "Un esfuerzo común: el Partido Popular; un objetivo común: esa gran nación que se llama España". Todo el programa desplegado en las convocatorias electorales de 1993, 1996 y 2000 está ya en este discurso.

En el terreno ideológico, un par de elementos definen al José María Aznar del nuevo Partido Popular. En primer lugar, el liberalismo. Aunque no pueda afirmarse que se trate de un puro y estricto liberal, sí que ha integrado globalmente el liberalismo en sus anteriores planteamientos conservadores. Todo parece indicar que se familiarizó con el pensamiento liberal gracias a algunos integrantes del "clan de Valladolid", que se reclamaban seguidores de Karl Popper, Raymond Aron y, sobre todo, de Friedrich von Hayek. El nacionalismo, en segundo lugar. Cierto es que Aznar nunca usa este término, al que otorga connotaciones profundamente negativas. Prefiere definirse, legítima y simplemente, como patriota. Al margen de nominalismos, el patriotismo o nacionalismo español constituye un elemento clave en su pensamiento y sus actuaciones. "Es, ante todo, un españolista", ha escrito Amando de Miguel. En *España. La segunda transición* (1994), Aznar encabeza con una cita cada una de las partes del libro. La lista de autores resulta ilustrativa: Quevedo, Azorín, Cambó, Popper, Ortega, Aron, Jovellanos y Thatcher.

En las elecciones generales de junio de 1993, Aznar se enfrentó nuevamente a González, que, pese a ganar, perdió la mayoría absoluta y se vio en la obligación de pactar con los nacionalistas catalanes. El PP obtuvo 141 escaños –frente a los 159 del PSOE–, con más de ocho millones de votos. El avance desde 1989 era más que evidente. El partido de Aznar se impuso en diez comunidades: Galicia, Castilla y León, Madrid, La Rioja, Navarra, Comunidad Valenciana, Murcia, Baleares, Canarias y Ceuta.

Estos comicios supusieron asimismo un avance significativo en Cataluña y en el País Vasco, dos regiones en las que los partidos nacionalistas –CiU y el PNV, respectivamente– disputaban con éxito al PP el centro-derecha. En Cataluña, el PP pasó de un 10,6% de los votos en 1989 al 17% en 1993; en 1996 obtuvo el 18%. Este salto resulta incomprensible sin tener en cuenta el papel de Aleix Vidal-Quadras, diputado en el Parlamento de Cataluña y presidente del PP catalán entre 1991 y 1996. Vidal-Quadras, un político inteligente y mordaz, basó su actuación sobre todo en la denuncia del nacionalismo catalán y sus excesos al frente de las instituciones autonómicas. En el País Vasco, el PP creció desde el 9,4% de los votos de 1989 a un 14,7% en 1993, para seguir progresando en las siguientes convocatorias. Lideraban la formación Jaime Mayor Oreja y Gregorio Ordóñez, que en enero de 1995 fue asesinado por ETA. También Aznar sufrió un atentado de ETA, en abril de 1995. El blindaje especial de su *audi* le salvó la vida.

La de 1993-1996 ha sido calificada en ocasiones como "la legislatura de la crispación". Fue por aquel entonces cuando Aznar y el PP convirtieron en archifamoso el "¡Váyase, señor González!". El PSOE hacía ya algún tiempo que había empezado a morir de éxito: un partido dividido entre renovadores y guerristas, los casos de corrupción, el culebrón Roldán, el escándalo de los GAL, los papeles del CESID. Los populares intentaron aprovechar todos estos hechos para erosionar al



Desde su cargo de secretario general del PP, **Francisco Álvarez Cascos** unificó y disciplinó sin remilgos internamente al partido.

**Mariano Rajoy**, secretario general del PP y candidato a la Presidencia del Gobierno, durante la rueda de prensa ofrecida en la sede del partido tras las elecciones generales del 14 de marzo.

gobierno, contando con buenos aliados: algunos sectores de la prensa y la radio e Izquierda Unida, que bajo la dirección de Julio Anguita intentaba escenificar una "pinza" contra el PSOE para presentarse como la izquierda de verdad –aunque al final, de verdad, casi empiezan a desaparecer de la izquierda–. Las elecciones europeas de 1994 y las municipales y autonómicas de 1995 dieron el triunfo al PP. La pérdida del apoyo de CiU obligó a Felipe González a avanzar las generales.

## Partido unido y liderazgo fuerte

El PP llegó a esta consulta electoral, en marzo de 1996, como una opción de centro-derecha liberal y democrática, ofreciendo una imagen de partido unido y un liderazgo fuerte. La derrota de 1993, cuando muchos pensaban haber ganado, les hizo persistir en esta vía. Aznar supo contrarrestar su supuesta falta de carisma con pragmatismo y tenacidad, además de rodearse de eficaces colaboradores. El PP se convirtió en un partido de amplio espectro, consiguiendo ocupar todo el espacio desde la derecha extrema hasta el centro. El camino que empezaron a recorrer en Sevilla, en 1990, era largo y no exento de dificultades. Como ha sugerido Victoria Prego: "A pesar de todo lo conseguido en ese tiempo, si el Partido Socialista no hubiera cometido la serie de gravísimos errores que gangrenaron sus dos últimas legislaturas, quizá José María Aznar habría tardado aún más tiempo en tener la victoria entre las manos". La Moncloa estaba a la vuelta de la esquina.

El PP ganó las generales de 1996, obteniendo 156 escaños, frente a los 141 alcanzados por el PSOE. Con el 38'8% de los sufragios, el PP se quedó a menos de trescientos mil votos de los diez millones. Los populares se impusieron en todas las comunidades, excepto en Extremadura, Andalucía y Cataluña (PSOE) y el País Vasco (PNV). La campaña electoral había sido muy bronca. Para frenar al PP, se resucitaron los fantasmas del franquismo y el famoso dóberman apareció en televisión. De todas maneras, las previsiones de una amplia derrota del PSOE y el consiguiente triunfo por amplia mayoría del PP no se cumplieron. Para poder formar gobierno, Aznar se vio en la obligación de pactar con los nacionalismos periféricos, a los que tanto se había criticado. Un Aznar pragmático diría por aquel entonces que hablaba catalán en la intimidad, mientras Vidal-Quadras era sacrificado políticamente.

La derecha, aunque ampliada hasta el centro, accedía por primera vez al poder en la etapa democrática. Para buscar antecedentes había que remontarse a la II República y a momentos poco gloriosos de la historia de España, ni por un lado ni por el otro. 1996 fue, como había sido también 1982, un momento de gran importancia en la normalización política española. Entre 1976 y 1996, la derecha procedente del franquismo había evolucionado hacia una derecha liberal y democrática; de una derecha que inspiraba desconfianza en las democracias europeas hacia una derecha que en otros países, como Francia, ha sido tomada como modelo; de una pequeña federación de partidos a un partido fuerte y de gobierno. El gran salto se dio, sin lugar a dudas, en 1989 y 1990, coincidiendo a nivel mundial, no casualmente, con la caída del muro de Berlín.

## Economía y lucha antiterrorista

El primer gobierno Aznar fue monocolor, como lo han sido de hecho todos los de la etapa democrática. Incorporaba a hombres de confianza del nuevo presidente, que habían sido sus compañeros de viaje de los últimos años. Destacaban tres nombres: Rodrigo Rato, que ocupaba el Ministerio de Economía y Hacienda; Francisco Álvarez-Cascos, en el Ministerio de la Presidencia, y Jaime Mayor Oreja, al que se atribuyó la cartera de Interior. Luces y sombras coronaron la primera legislatura popular. Una política económica seria y una lucha antiterrorista sin concesiones –en la base del debilitamiento actual de ETA, pero también de los conflictos con el nacionalismo vasco democrático– fueron seguramente los principales logros. En todo caso, en las siguientes elecciones generales, en marzo de 2000, el PP se hizo con la mayoría absoluta, sumando 183 diputados. Esta formación se impuso en todas las comunidades autónomas, excepto en tres: Cataluña, Andalucía y País Vasco. Más de diez millones de votos –44,5% del total– llevaron de nuevo, ahora ya sin necesidad de pactos de ningún tipo, a José María Aznar al frente del gobierno español. Todo lo ocurrido desde entonces, con la emergencia al primer plano de Mariano Rajoy, la retirada de José María Aznar, la mediatizada derrota del 14 de marzo de 2004 y el desconcierto posterior de la derecha, hasta hoy mismo, constituye materia suficiente, sin ninguna duda, para otro artículo. ■

# La evaporación de la extrema derecha

# CAMADA NEGRA

Tras la muerte de Franco, los sectores inmovilistas se echaron al monte para impedir la democratización. La matanza de Atocha y el 23-F fueron sus acciones más violentas, pero en las urnas se esfumaron por completo. **José Luis Rodríguez Jiménez** recuerda la trayectoria de la extrema derecha

Cuando Franco muere en la cama de un hospital madrileño, el 20 de noviembre de 1975, la todavía poderosa extrema derecha española se moviliza para cumplir un doble propósito. Rendir homenaje a su caudillo, reiterando en un momento crítico su homenaje y fidelidad a quien les condujo al triunfo en el campo de batalla y asumió todos los poderes a lo largo de cuatro décadas. Y desplegar sus influencias para impedir que se hagan realidad tanto los anhelos de la oposición antifranquista, como los preparativos de los reformistas situados en las estructuras del Régimen, para controlar el proceso de transición y dirigir la nueva etapa política que se abre en España.

**José L. Rodríguez Jiménez** es profesor de Historia Contemporánea, Universidad Rey Juan Carlos. Autor de *Auge y crisis de la extrema derecha, 1975-2005*.

## Del poder a la oposición

Los extremistas disponían entonces de bazas importantes. Para empezar, el llamado búnker franquista ocupaba parcelas de poder nada desdeñables en las instituciones, en las Cortes y el Consejo Nacional del Movimiento y muy especialmente en el seno del Ejército, así como en el sindicato oficial, la Iglesia católica y el mundo empresarial. Además, la extrema derecha disponía de sus propias organizaciones políticas, creadas para hacer frente a iniciativas del gobierno de Franco que ofrecían una posibilidad de apertura y, sobre todo, al proceso de liberalización cultural que la sociedad había emprendido al margen del sistema.

Mientras los falangistas conformaban una serie de pequeñas asociaciones, los integristas católicos se habían agrupado en Fuerza Nueva. El origen de esta organización se encuentra en Fuerza Nueva Editorial, creada en mayo de 1966 bajo la presidencia del notario Blas Piñar, y en la revista del mismo nombre, aparecida a comienzos del año siguiente. Por su parte, a mediados de 1974, el grupo de José Antonio Girón de Velasco, ex ministro de Trabajo y una de las cabezas visibles del falangismo, organiza la Confederación Nacional de ex Combatientes

Izquierda, reproducción del cartel que anuncia una concentración de Unidad Nacional para el **20 de noviembre en el Valle de los Caídos**.

**Manifestación fascista** ante el pedestal de la **estatua ecuestre de Franco** retirada de la madrileña plaza de San Juan de la Cruz.

de España, que aglutina a las distintas hermandades de ex combatientes franquistas en la Guerra Civil, como la de Alféreces Provisionales, Banderas de Falange y Antiguos Tercios de Requetés. Autodenominarse combatientes era algo más que retórica, como se demostraría en los años siguientes. Girón lo advirtió en un manifiesto publicado el mes de noviembre: "Nos incumbe la misma responsabilidad que por razones de honor nos echó al monte en 1936".

La muerte de Franco y la subida al trono como rey de España de Juan Carlos de Borbón dio carácter oficial al inicio de la transición política. El impulso dado a la reforma por la Corona y el gobierno pilotado por el presidente Adolfo Suárez, integrado por reformistas procedentes de las filas del franquismo, supuso un du-

**José Antonio Girón de Velasco**, el 19 de marzo de 1976, en un momento de la II Asamblea de la Confederación Nacional de Combatientes.

ro golpe para la extrema derecha. La llamada a las urnas fue respondida con una coalición denominada Alianza Nacional 18 de Julio, integrada por Fuerza Nueva y Falange Española de las JONS. Este frente disfrutó de una notable visibilidad, gracias a la celebración de actos públicos destinados a conmemorar episodios relacionados con la victoria de las fuerzas nacionales en la Guerra Civil y a la concentración anual del 20-N, el 20 de noviembre, para rendir homenaje al líder falangista José Antonio Primo de Rivera y a Francisco Franco, ambos fallecidos en esa fecha de los años 1936 y 1975, respectivamente. El lugar escogido fue la madrileña Plaza de Oriente, ante el Palacio Real, escenario años atrás de concentraciones en apoyo a Franco y su régimen. El 20-N de 1976 se celebró tan sólo dos días después de que las Cortes franquistas aprobasen la Reforma política. Los gritos y pancartas preparadas para ese evento reflejaban el descontento de sus organizadores ante la marcha de los acontecimientos: "¡Franco resucita, España te necesita!", "¡Suárez dimisión, por perjuro y por masón!".

En ese frente nacional no estaban todos los que cabía imaginar, pues faltaba un sector del falangismo. Ello se debía a que la relación entre los distintos grupos falangistas era pésima, a causa de la lucha por la adjudicación de la denominación Falange Española de las JONS (FE-JONS), pues los distintos cabecillas habían imaginado, erróneamente, que tenían en sus manos un capital político que depararía una alta rentabilidad electoral, prueba evidente de su desconexión con la realidad del país. El grupo liderado por el *camisa vieja* Raimundo Fernández Cuesta, el más dispuesto al entendimiento con Fuerza Nueva (FN), había obtenido del Gobierno el derecho a su utilización, y otros falangistas, desde Falange Española Auténtica, Círculos Doctrinales José Antonio y Falange Española Independiente les acusaron de francofalangistas y juego sucio.

## Búnker neofranquista

Mientras estas iniciativas tenían lugar, integrantes del denominado búnker neofranquista apostaban por reventar el proceso de transición, mediante provocaciones y el empleo de la violencia. Con este fin utilizaron a jóvenes integrados en la Primera Línea de FE-JONS, en la rama juvenil de FN, Fuerza Joven, y activistas salidos de esas mismas filas para conformar el Frente Nacional de la Juventud, en Barcelona, y Frente de la Juventud, en Madrid. Algunos de estos militantes participaron en atentados terroristas, que contaron con el apoyo operativo y la protección de medios policiales, destinados a amedrentar a la izquierda y crear desasosiego en el conjunto de una opinión pública, a la que se pretendía empujar a posiciones de orden y autoridad. El más importante, la matanza de Atocha, tuvo lugar el 24 de enero de 1977, cuando un comando asesinó a cinco abogados laboralistas y dejó heridos a otros cuatro en un despacho de Madrid.

En las elecciones del 15 de junio de 1977, la extrema derecha se llevó una gran desilusión, pues cosechó tan sólo 154.413 votos, el 0,84% del electorado, y ni un solo representante en las Cámaras. El respaldo de la Confederación de ex Combatientes había sido poco entusiasta, a causa de los lazos de Girón con el sector más duro de Alianza Popular, partido de la derecha del que formaban

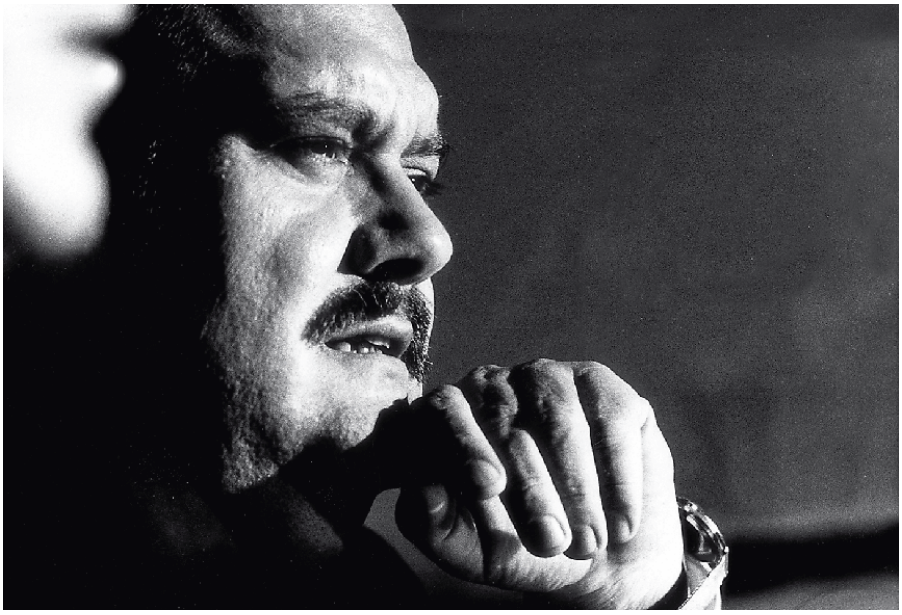
parte numerosos ex ministros de Franco pero que había votado a favor de la Ley para la Reforma Política. Girón había procurado que este partido se integrase en la coalición ultraderechista y, al no conseguirlo, prefirió que los votos de quienes confiaban en él fuesen a parar a Manuel Fraga y no a Blas Piñar.

## Un programa de los años treinta

El programa falangista, copiado más que inspirado en el de los años treinta, despertó escasos entusiasmos, y lo mismo sucedió con el de Fuerza Nueva: fidelidad a "los ideales del 18 de Julio", "al recuerdo y a la obra de Francisco Franco" y "a la monarquía católica, tradicional y representativa". Falange Española Auténtica obtuvo 40.978 votos.

Para las siguientes elecciones, de marzo de 1979, se alcanzó un acuerdo más amplio. Unión Nacional aglutinaba ahora a FN, FE-JONS, Círculos Doctrinales José Antonio, Confederación de ex Combatientes y Agrupación de Juventudes Tradicionalistas. La imagen de unidad, el apoyo prestado por los diarios *El Alcázar,* portavoz de la Confederación, y, más importante, *El Imparcial*, la financiación obtenida para movilizar a los nostálgicos del franquismo, y el retroceso de Alianza Popular supusieron 414.071 votos, el 2,31%.

Los 110.000 votos alcanzados en Madrid dieron a la coalición un escaño en las Cortes, en la persona de Blas Piñar, el único obtenido por este tipo de formaciones desde el restablecimiento de la democracia hasta nuestros días. Tanto FN como FE-JONS disponían ya de sedes y de una militancia fiel en casi todas las ciudades importantes, aunque no hay duda de que FN estaba mejor organizada y, pese a que surgieron pequeñas escisiones, protagonizadas por los más radicales, el liderazgo de Piñar estaba consolidado y sufrió menor desgaste por cuestiones internas que Fernández Cuesta; la revista *Fuerza Nueva* tiraba 45.000 ejemplares, en contraste con los boletines falangistas, de escasa circulación, la editorial del grupo estaba a pleno rendimiento y el número de afiliaciones creció notablemente, hasta más de 40.000. Sin embargo, todo esto parecía insuficiente a una parte de los estrategas de la extrema derecha y muy especialmente a los militares que identificaban el sistema autonómico con la desmembración de España y deseosos de acabar con el terrorismo de ETA mediante el empleo de las armas.



**Juan García Carrés**, ex dirigente falangista del Sindicato Vertical, desempeñó el papel más relevante de la trama civil durante el intento golpista del 23 de febrero de 1981.

**Blas Piñar**, fundador de Fuerza Nueva, se dirige a los asistentes a la concentración convocada en la Plaza de Oriente por la Confederación de ex Combatientes, en noviembre de 1997.

## La estrategia golpista

Como decíamos, tal y como sucedió en los años treinta, el fracaso de la estrategia electoral hizo ganar terreno a los impulsores de una estrategia desestabilizadora, apoyada en dos pilares. Por un lado, la agitación de la calle, mediante una serie de concentraciones y de mítines por toda la geografía española al margen del calendario electoral. Por otro, la labor de los citados diarios y de las revistas *Fuerza Nueva, Heraldo Español* y *Reconquista*, esta última destinada expresamente al ámbito militar. Todas estas publicaciones ofrecían la imagen de un amplio apoyo civil a los involucionistas y una coartada al golpe militar, mediante la manipulación de noticias relativas a la grave crisis económica que afectaba al país desde el inicio de la crisis del petróleo, con su secuela de paro y una altísima inflación, la amenaza terrorista, a cargo de ETA, muy activa en el asesinato de militares, pero también

Ricardo **Sáenz de Ynestrillas**, líder de Alianza por la Unidad Nacional, saluda a uno de sus seguidores, que porta la bandera anticonstitucional, durante una concentración.

de los GRAPO, así como la debilidad y división del partido gobernante, Unión de Centro Democrático. En esta labor de intoxicación las firmas de civiles y militares, como el general en la reserva Fernando de Santiago, se alternan en las páginas de los medios citados.

El mismo propósito alentaba las concentraciones del 20-N, organizadas por la Confederación de ex Combatientes. Las cifras ofrecidas sobre el número de asistentes han sido muy discutidas; por ejemplo, al 20-N de 1980 acudieron 350.000 personas según fuentes policiales y más de un millón, según los organizadores. Lo cierto es que congregaban una notable asistencia, atraída por los discursos nacionalistas, en sentido españolista, y de exaltación de la figura de Franco.

Pero buena parte de ese franquismo sociológico acudía a estos actos sin darle un estricto sentido partidista y, a la hora de votar, lo hacía a favor de la derecha conservadora o a la coalición centrista. Precisamente por ello los líderes de la ultraderecha tenían centradas sus expectativas en los preparativos golpistas. De hecho existía una trama civil en la que el grupo de Girón, coordinado por Juan García Carrés, desempeñaba el papel más relevante, dedicado a tender puentes en medios militares y distribuir los medios económicos necesarios. Finalmente, los militares golpistas, que habían dado ya algunos avisos, actuaron el 23-F, el 23 de febrero de 1981. Sin embargo, el intento de golpe de Estado pudo ser controlado por fuerzas militares fieles al mandato constitucional o que simplemente se pusieron a las órdenes del rey Juan Carlos I, quien apostó con firmeza por la democracia.

El fracaso de la insurrección militar, la pésima imagen ofrecida por los militares juzgados por su responsabilidad en aquellos hechos y la desarticulación de otra operación de este signo, y que ahora incluía a la Corona entre sus objetivos, terminaron por aportar los virus suficientes como para vacunar a las fuerzas armadas contra este tipo de males. Obviamente, la desilusión se extendió en las filas de la extrema derecha, como reflejan los resultados obtenidos en las elecciones generales de octubre de 1982: FN obtuvo 20.139 votos en Madrid, mientras que el partido del golpista Tejero, Solidaridad Española, se quedaba en 8.994, aunque mucho peor le fue a FE-JONS, con 79 votos. Unas semanas después FN celebró el 20-N anunciando la disolución del partido. Además, los rituales del 20-N perdieron capacidad de convocatoria.

Ninguna organización ha cubierto, desde entonces, el vacío dejado por Fuerza Nueva. Los grupos, sin apenas estructura organizativa, que a partir de 1982 se han presentado a las elecciones, como Juntas Españolas, han obtenido resultados muy bajos, y además decrecientes, inferiores al 1% en el conjunto del Estado. Todos ellos se han visto afectados por una serie de situaciones percibidas negativamente por la mayoría de los ciudadanos, y también por sus posibles votantes. Entre ellas figura la incapacidad para acometer, como han hecho la mayor parte de sus homólogos europeos, un proceso de renovación programática que los cambios en el ámbito cultural e internacional demandaban irremisiblemente. Asimismo, la asociación que la mayor parte de la opinión pública ha establecido entre formaciones de extrema derecha y acciones violentas y terrorismo.

## Los nuevos cabezas rapadas

A ello no dejó de ayudar la aparición de Bases Autónomas en 1983, grupo neofascista que captó universitarios en varias facultades y cabezas rapadas entre las peñas de hinchas radicales de una serie de equipos de fútbol; canalizó una estética agresiva en graffitis y boletines y sus militantes cometieron numerosas agresiones sobre políticos del sistema, estudiantes de izquierda y seguidores de equipos rivales. A partir de este grupo se crearon en España las primeras bandas de cabezas rapadas vinculados a la ultraderecha, imitadores de los *skinheads* británicos y dedicados a la caza de rojos, homosexuales e inmigrantes, preferentemente africanos, con el resultado de varios muertos. También debe citarse su división, en buena parte por la falta de un líder indiscutido, de un Le Pen español, sin olvidar la competencia que ha supuesto la aparición de partidos autoritarios y xenófobos con amplia financiación, como el Grupo Independiente Liberal creado por Jesús Gil. Y por supuesto el convencimiento de quienes con ellos simpatizan de que darles el voto significa debilitar a la única formación de derechas con posibilidades, el Partido Popular, y

**LOS GRUPOS ULTRADERECHISTAS QUE DESDE 1982 SE HAN PRESENTADO A LAS ELECCIONES HAN OBTENIDO RESULTADOS MUY BAJOS**

Portada de un boletín del grupo neonazi **CEDADE**, en el que se rinde homenaje a Hitler, con motivo de su centenario.

Los sentimientos xenófobos han desembocado recientemente en violentos enfrentamientos en las calles de diversas localidades, como **El Ejido** (en la imagen), Terrassa y Elche.

facilitar el trabajo de los socialistas, al frente del gobierno entre 1982 y 1996.

Y aunque cabía la posibilidad de que la llegada al gobierno del Partido Popular le supusiese a esta formación una pérdida de votos por su derecha, muy especialmente durante los años en que careció de mayoría suficiente para gobernar en solitario y tuvo que negociar con los partidos nacionalistas, eso no sucedió. Tampoco cuando, entre 2000 y 2004, disfrutó de mayoría absoluta: la extrema derecha seguía siendo inexistente y, además, una serie de dirigentes del partido cubrieron con un discurso propio de la derecha dura ese flanco.

## La apuesta por el voto xenófobo

No es de extrañar, por tanto, que España forme parte de la lista, muy reducida, de naciones europeas en las que los partidos de extrema derecha carecen de representación en las instituciones. No obstante, de forma muy tardía, y bajo la influencia del ascenso de la renovada extrema derecha europea, las formaciones españolas han evolucionado en el terreno de lo programático. De forma que el discurso xenófobo, centrado en el rechazo a los inmigrantes de escasos o nulos recursos económicos, cuyo número ha aumentado muy rápidamente en los últimos años, y diferenciados de los españoles por sus rasgos físicos, cultura o religión, constituye en la actualidad la pieza principal de su programa. En ellos tampoco falta el rechazo a la democracia política, expresado de forma tajante o mediante alguna forma de disimulo –lo que les sigue diferenciando del actual modelo de extrema derecha europeo–, así como a los estatutos de autonomía de las regiones y a los organismos supranacionales en los que actualmente se integra España, muy especialmente la Unión Europea.

Es evidente que el aumento de los sentimientos xenófobos entre nosotros, recogido en distintas encuestas y traducido ya en comportamientos lamentables en espectáculos deportivos y en agresiones en las calles de algunas poblaciones (Terrassa, El Ejido, Elche) ha supuesto un estímulo para la extrema derecha. Los contenidos xenófobos puestos en circulación se inspiran en el trabajo realizado por el Frente Nacional francés, se convierten aquí en "Paro+inmigración = Delincuencia. Alto a la invasión. Los españoles primero". A ello hay que añadir que tras los atentados terroristas del 11 M en Madrid el rechazo a la inmigración islámica constituye el elemento dominante en el discurso de estos grupos. Así se percibe en las páginas de la revista *La nación*, que aparece cada tres semanas y que es heredera de los planteamientos del desaparecido diario *El Alcázar*, también en las actividades patrocinadas por el grupo editorial Fuerza Nueva, entre ellas una conferencia titulada "El Islam al asalto del occidente cristiano. Lepanto", así como en el boletín y página web de Democracia Nacional, partido organizado en 1995 por ex militantes de Juntas Españolas y el grupo neonazi CEDADE: "España, mañana será musulmana. Si no haces nada por evitarlo". Por el momento, la renovación de los programas no se ha traducido en un aumento del número de votos obtenido. No obstante, lo sucedido en otros escenarios europeos nos habla de la posibilidad de que el discurso xenófobo, e incluso abiertamente racista, acabe siendo rentable en España. ■

### PARA SABER MÁS

Baón, Rogelio: *Historia del Partido Popular. I. Del Franquismo a la refundación,* Madrid, Ibersaf Editores, 2001.
Casals, X.: *Ultrapatriotas. Extrema derecha y nacionalismo de la guerra fría a la era de la globalización*, Barcelona, Crítica, 2003.
González Cuevas, Pedro Carlos: *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX. De la crisis de la Restauración al Estado de partidos (1898-2000),* Madrid, Tecnos, 2005.
López Nieto, Lourdes: *Alianza Popular. Estructura y evolución electoral de un partido conservador,* Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1988.
Prego, Victoria: *José María Aznar. Un presidente para la modernidad,* Madrid, El Mundo, 2002 [1ª ed., en Presidentes, Barcelona, Plaza y Janés, 2000].
Rodríguez Jiménez, J. L.: *La extrema derecha española en el siglo XX*, Madrid Alianza Editorial, 1997.